

Las dos almas del reformismo universitario: entre la modernización y la hora americana



Matías Farías*

Palabras clave: Reforma - juvenalismo - peronismo - movimiento estudiantil - latinoamericanismo - Cordobazo



* Profesor en Filosofía. Docente de Introducción a la cultura argentina y latinoamericana, UNPAZ.

El reformismo universitario surgió con una fuerza histórica que buscaba transformaciones dentro y fuera de la universidad. Con mayor precisión, Natalia Bustelo ha señalado que, como producto de este impulso histórico, el movimiento estudiantil que se activa en 1918 puede ser definido a partir de dos de sus dimensiones principales: un “alma gremial”, que es la que terminó habilitando al estudiante como actor político decisivo de la vida universitaria; y un “alma política”, que apuntaba a efectuar cambios sociales a tono con la nueva hora que se anunciaba en el mundo y, particularmente, en América.

En esta nota, antes que una reconstrucción histórica exhaustiva de este movimiento, proponemos reflexionar sobre el “alma política” del reformismo universitario. Más precisamente, nos interesa pensar cómo se definió su politicidad dentro de este movimiento, con especial atención al modo en que los reformistas delinearon el vínculo entre la universidad y la vida en común. Nuestra hipótesis es que en dicha politicidad encontramos, sea por sus límites, sea por los problemas novedosos que supo plantear, motivos bien relevantes para pensar incluso hoy la relación entre la universidad y la sociedad.

La utopía de una universidad “moderna” y “situada”

Al menos en sus inicios, el reformismo universitario puede pensarse como un pliegue entre dos mundos. Todo ello puede apreciarse en el célebre Manifiesto Liminar, en el que el sujeto que lo enuncia se autoinstituye como portavoz de los “tiempos nuevos” (para parafrasear el título del libro de José Ingenieros) y, a la vez, como representante de fuerzas históricas “modernas” que venían dando una enconada lucha contra el “oscuro mundo feudal” desde los siglos de los siglos. Entre estos dos aspectos, como argumentaremos luego, aparecerá un problema decisivo para pensar la politicidad de este movimiento.

Ya en el título del Manifiesto Liminar (*La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de América del Sud*) podemos apreciar cómo emerge una doble novedad: aquella por la cual los jóvenes se autoconsagran como sujetos legitimados para encarar una transformación que busca ser no solo interclaustró, al tiempo que se postula a América como el horizonte histórico legítimo para encarar una transformación “civilizatoria”. Desde luego, esta vocación regeneracionista cobraba sentido dentro de un contexto mundial donde resulta creíble el diagnóstico trazado por Ingenieros en *El suicidio de los bárbaros*, según el cual le cabía a América relevar a Europa en la misión de agenciar una “nueva civilización”, puesto que el “viejo” continente se hundía en una feroz guerra de trincheras. Doble novedad y doble relevo: el de las viejas generaciones por los jóvenes idealistas y el de Europa por América en tanto agente histórico en mejores condiciones de interpretar el universal.

A pesar de que el sujeto que construye el Manifiesto Liminar se anuncia como portador de una novedad y como expresión de una nueva época, el lector no tarda mucho en descubrir las marcas que lo comunican con horizontes de sentido que lo anteceden. Ya en el *Ariel* (1900) de Enrique Rodó, un libro ligado con la problemática latinoamericana finisecular, su autor adjudicaba a un selecto grupo de jóvenes la misión de regenerar a la sociedad en nombre del ideal, al que identificaba como el núcleo mismo de lo americano, en directa contraposición con el materialismo asociado con los Estados Unidos, representado en aquel libro como un nuevo Calibán que reunía en un mismo rostro (no tan monstruoso sin embargo

para el propio Rodó) el materialismo del mercado, el reinado de la ciencia basada en hechos antes que en valores y el preocupante ascenso de las masas con la democracia. Las prolongaciones de este espiritualismo antipositivista y elitista son notables en el Manifiesto Liminar, a tal punto que no pocos críticos han caracterizado al reformismo universitario en términos de un “arielismo exasperado”. Sin embargo, también es claro que este impulso juvenilista supo acompañar los cambios propios de una “nueva hora”, según coincidían quienes entendían que con el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, la revolución bolchevique e incluso el triunfo de Yrigoyen en la Argentina surgía un nuevo tiempo histórico. De aquí que, sin que se extinga del todo el influjo del esteticismo aristocrático de Rodó, que conectaba a este movimiento con la problemática bien sarmientina de la “educación del soberano”, a medida que se expanda el movimiento reformista a lo largo de todo el continente americano podrá amalgamarse con contenidos novedosos que buscarán ligar la identidad americana con las diversas versiones del antiimperialismo latino e indoamericano de los años veinte.

En síntesis, lo nuevo y lo viejo confluían de manera insospechada en el Manifiesto Liminar. Por un lado, porque retomaba el “culto al progreso” de las clases dirigentes argentinas decimonónicas, en tanto el movimiento reformista se autoproclamaba como un movimiento “moderno” en combate contra los viejos vestigios del orden feudal; pero, por otro lado, porque al mismo tiempo se anunciaba como un movimiento “americano” que venía a oficiar el relevo de Europa como centro de referencia civilizatorio, para auspiciar en nuestro continente un proceso de vastas transformaciones sociales. Estas “dos almas” en que puede subdividirse el “alma política” del reformismo universitario (su “alma moderna” y su “alma americana”) se anticipan de algún modo en las primeras líneas de su texto fundacional:

Hombres de una República libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país con una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.

Al asociar la promesa de liberación moderna de los focos coloniales que aún pervivían en la universidad con la idea de que esa “redención” solo podía estar situada en suelo americano, el reformismo universitario evocaba (sin citarlo) al programa utópico que Martí había definido para “Nuestra América”, aquel mismo por el cual el poeta cubano imaginaba a América como un suelo de hermandad, en donde debía ser posible construir una suerte de “modernidad alternativa”, esto es, un proyecto político que buscaba reinterpretar el “universal moderno” en clave americana.

Estas dos “almas” del movimiento universitario, que los reformistas pensaban reunir en un programa de regeneración de la sociedad con eje en la universidad, definió entonces la dimensión utópica de este proyecto. Sin embargo, su politicidad estuvo signada en gran medida por las importantes dificultades

para que justamente esas “dos almas”, el “alma moderna” y el “alma americana”, pudieran reunirse en un proyecto histórico transformador. A nuestro entender, un rasgo importante de la historia de la universidad en Argentina puede ser pensado a la luz de este conflicto, que se anuncia ya en la década del veinte, en pleno esplendor del movimiento reformista. Más aún: no solo el desencuentro entre estas “dos almas” ha signado la historia de la universidad en la Argentina, sino también el hecho de que, en distintos contextos históricos, quienes pretendían ser reconocidos como voceros de las “cultura universitaria” han sido más proclives a volcarse a su “alma moderna” antes que a su “alma americana” para definir la legitimidad social de esta institución, operando de este modo una reinterpretación selectiva del legado reformista. Como sea, a continuación nos interesa recorrer algunos momentos históricos de condensación y desplazamiento tanto de este conflicto como de aquellos intentos que buscaban retomar como programa político para la universidad la reunión entre las almas moderna y americana que el Manifiesto Liminar pretendía reunir en 1918.

Obreros y estudiantes

Una parte importante de las demandas gremiales reclamadas por los estudiantes organizados en el contexto de la Reforma fueron paulatinamente convirtiéndose en conquistas. Si bien algunos núcleos de la vieja universidad no fueron desplazados, la legitimación del estudiante como actor político, la organización del gobierno tripartito, los concursos periódicos como instancias de validación de los cargos, la docencia libre o la renovación de las propuestas pedagógicas en las aulas fueron incorporándose en las todavía pocas Universidades Nacionales que existían en los años veinte. Ciertamente, este triunfo del “alma moderna” del reformismo –“moderna” en tanto fomentaba nuevas reglas y apuntaba a renovar los planteles docentes y directivos para que gane protagonismo un sujeto social emergente, los jóvenes de las nuevas clases en ascenso– no siempre encontró su mejor traducción en las prácticas concretas observables en las universidades, pero la aceptación de estas ideas permitieron que incluso allí donde no eran enteramente acatadas las nuevas reglas de juego se observara esta situación como injusta. Otros principios, como la gratuidad del acceso a la universidad (que solo con el desarrollo del movimiento fue incorporada como demanda estudiantil), recién quedaría garantizada legalmente con el Decreto de Supresión de Aranceles Universitarios dictado por Perón en 1949, pero aun sin esta demanda cumplida el triunfo de las reivindicaciones estudiantiles logró tener en los años veinte un efecto democratizador al posibilitar las universidades argentinas la ampliación de las bases sociales.

Sin embargo, podríamos decir que el éxito conseguido por el movimiento reformista en la “modernización” de la universidad no tuvo correlato, al menos en Argentina, con las ideas de transformación social que ese mismo movimiento impulsaba en clave “americanista”. Prueba de ello es que el vínculo entre universidad y sociedad quedó “enclaustrado” en la idea de “extensión” –idea que parte de una inicial separación entre aulas y mundo social para luego intentar una revinculación desde la propia universidad– y también el hecho de que buena parte de la dirigencia surgida al calor del movimiento estudiantil no encontró canales, más allá (y solo en algunos casos) de los partidos políticos, para encarar un proceso de transformación social acorde con las promesas de una “nueva hora histórica” anun-



ciadas en el Manifiesto Liminar. A diferencia de otros países, como en Perú con Haya de la Torre, o en México con Vasconcelos, en la Argentina el movimiento reformista quedó políticamente neutralizado o disuelto en las complejas trincheras de la “sociedad civil”.

La “americanización” del movimiento reformista puede entonces leerse, desde Argentina, en clave paradójica: su rápida y exitosa expansión por todo el continente, que traducía bien su “alma americana”, coincidió sin embargo con su no menos rápida neutralización política en el escenario local, quedando así en evidencia una importante distancia entre el rumbo que asumía la sociedad argentina en la época alverista con el ideario regeneracionista de algunos de los intelectuales más destacados del reformismo, como por ejemplo Deodoro Roca y Saúl Taborda.

De este modo, no es casual que haya sido en América, antes que en Argentina, donde los estudiantes pudieron interpelar en clave radicalizada a sectores sociales más amplios que los estrictamente universitarios. En efecto, es el Perú de Haya de la Torre y Mariátegui donde, durante los años veinte, tendrá lugar, por iniciativa del primero, la Universidad Popular González Prada, sede de una nueva intelectualidad que buscaba desplazar del centro a la limeña, y que lo hará a partir de los temas propios de un americanismo en el que no sin tensiones confluyeron los específicos del indigenismo, socialismo y antiimperialismo americano. Del mismo modo, es con la creación de la Universidad Popular José Martí en Cuba, por iniciativa de Julio Antonio Mella, que se produjo en la isla una inédita experiencia de convergencia entre estudiantes y obreros que, visto retrospectivamente, constituyó una mediación entre las dos generaciones de revolucionarios que marcaron a fuego la historia de Cuba: la generación de José Martí y la generación de Fidel Castro. Y es en el México de Vasconcelos donde se producirá una original reunión entre obreros, estudiantes e intelectuales que bajo el auspicio del aquel entonces ministro de Educación apuntarán a profundizar los sentidos americanistas de la Revolución mexicana,

al tiempo que, de la mano de experiencias como el muralismo, crearán una estética revolucionaria que todavía hoy es capaz de integrar el arte con la vida misma.

De esta manera, a pesar de que el reformismo argentino pudo conservar en los años veinte su prestigio simbólico y político dentro movimiento estudiantil en la hora de su expansión hacia todo el continente (sea, entre otras razones, por haber sido el lugar en que se inició la revuelta, por la red de libros y revistas que produjo, por iniciativas como la Unión Latinoamericana [con la que se buscaba, de manera pionera en nuestros países, armar redes de intelectuales americanos], o por el prestigio conseguido en América por algunos de los referentes [como el propio Ingenieros o Palacio]), su incidencia en la realidad política en Argentina fue, como sugerimos, mucho más escasa, lo cual acaso pudo contribuir a que progresivamente la Reforma universitaria quedara identificada como un capítulo destacado de la historia de la modernización de las estructuras educativas argentinas, antes que como el acontecimiento que pretendía inaugurar un proceso más vasto de regeneración social. Y ello a su vez facilitó, cierto que no de manera inmediata, a que fuera su “alma moderna”, antes que su “alma americana”, la que sería evocada principalmente cada vez que hiciera falta argüir sobre la legitimidad social de la universidad.

Estas ideas y argumentos con los que terminó identificada la Reforma, en tanto episodio de modernización de las estructuras educativas argentinas, fueron los que habilitaron a pensar a la universidad como un reducto autorizado a participar de un conocimiento “universal” (por sus objetos, pero también por sus modos de validación) que en virtud de las nuevas reglas de juego impulsadas por el reformismo quedaba entonces disponible para nuevos grupos sociales en ascenso, dejando a la “extensión” la misión de alcanzar a los, de todos modos, importantes sectores de la población que no podrían acceder a la educación “superior”. Disociada así de su “alma americana”, el legado del reformismo quedó en este sentido aislado del intento de resignificación del conocimiento universal a los fines de un proyecto de transformación política y cultural más vasto de la sociedad, a tal punto que para observar en Argentina experiencias de una intensidad política analogables al encuentro entre estudiantes y obreros como las que se dieron en distintas partes de América en los años veinte habrá que esperar al Cordobazo, en 1969. Basta con leer, en este sentido, ese célebre “poema-manifiesto” de González Tuñón, “Las brigadas de Choque” (1933), para percibir cómo los temas ligados al americanismo reformista son sutilmente evitados, quizá porque esos temas no resultaban ya lo suficientemente revulsivos como para efectuar una intervención crítica como la que Tuñón creía que demandaba esa hora crítica de la historia argentina.

Entre el fubismo y las Cátedras Nacionales

La tensión entre el “alma moderna” y el “alma americana”, que en esta nota quiere decir entre dos formas –no necesariamente contradictorias pero sí distintas– de pensar la legitimidad social de la universidad, se acrecentó todavía más en los años que van del golpe de Estado de 1930 a la caída del peronismo. Una de las tantas vías para entender este conflicto es la biografía del propio Arturo Jauretche, egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, miembro de la FUBA en sus años juveniles, y luego detractor del movimiento estudiantil por sus posicionamientos en los golpes de Estado de 1930 y 1955. En su “Colonización pedagógica y superestructura cultural”, un agregado

fundamental al célebre *Los profetas del odio*, Jauretche critica fuertemente a algunos dirigentes o referencias del movimiento estudiantil ligados con el reformismo en Argentina, en estos términos:

Tengo aquí delante la resolución del Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, fechada el 5 de setiembre de 1930. Preside la República Hipólito Yrigoyen y la conspiración está en todas partes. La Resolución dice, en su parte dispositiva: “2º: Asumir como propio el imperativo enunciado, en forma indeclinable por la conciencia juvenil, de erigir la renuncia del Presidente de la Nación, Sr. Hipólito Yrigoyen y la inmediata restauración de los procedimientos democráticos dentro de las normas constitucionales. 3º: Designar una comisión estudiantil para que haga entrega al Presidente de esta Resolución y recabe su renuncia. Fdo.: Alfredo L. Palacios. Decano; Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte, Secretarios Ad-hoc”.

No creo que nada defina mejor los personajes. Porque Yrigoyen era un “tirano”, y entonces fue una cobardía de irresponsables mandar a jóvenes estudiantes a pedirle la renuncia; o no era un tirano, y esta era toda una farsa para engañar a los jóvenes. En realidad era lo último. Lo increíble es que veinticinco años después los mismos payasos sigan haciendo las mismas payasadas y los estudiantes sean otra vez víctimas, porque en 1955 los hechos ocurren de la misma manera.

Ciertamente, y más allá de las nada moderadas críticas a Perón que también pueden leerse en *Los profetas del odio*, entre las cuales se cuenta la de haber mantenido una actitud permanente e innecesariamente hostil hacia las clases medias, Jauretche omitía en su crítica al peronismo el grado de detalle y también de profundidad que exhibía con respecto a quienes habían sido referentes del movimiento estudiantil en la Argentina, dejando sin explicar entonces por qué el movimiento estudiantil había encontrado nexos vinculantes entre la política universitaria peronista y las concepciones propias de las derechas más retrógradas de nuestro país que habían tenido su elixir con el golpe de 1943, y que se hallaban cabalmente ejemplificadas en la efímera experiencia de Bruno Genta como interventor de la Universidad del Litoral. En este juego de trágicos equívocos, que hizo posible que buena parte del movimiento estudiantil se enrolara en las filas de la oposición al peronismo, a partir de una lectura que priorizó la clave antifascista antes que el reconocimiento del protagonismo que las clases trabajadoras asumieron dentro de esta experiencia política, y en la que el peronismo prefirió optar por desarrollar una estrategia de nítida diferenciación con la oposición —apelando incluso a la persecución política— antes que convocarla a formar parte de una alianza que la comprometiera en el sostenimiento de las no pocas transformaciones sociales que en beneficio de las mayorías estaba llevando adelante, la tensión entre el “alma moderna” y el “alma americana” cobró una notable intensidad, a punto tal que la universidad de relevo a la universidad peronista se legitimará a sí misma como una experiencia de “modernización” que debía retomar el “legado reformista” para encarar una nueva etapa en la historia de las universidades argentinas, cuya misión debía ser volverlas a colocar en diálogo con el conocimiento universal luego de la “recaída” en el “oscurantismo” peronista. Cabe recordar también aquí que este programa de “modernización” universitaria, con la figura paradigmática de José Luis Romero como rector de la Universidad de

Buenos Aires, se produjo sin embargo en un contexto de persecución a los trabajadores peronistas, incluidos los docentes universitarios identificados con este movimiento político, ahondándose entonces la ruptura entre universidad y clases populares.

Sin embargo, este proyecto modernizador para la universidad encontraría serios límites una década después, con la trágica Noche de los Bastones Largos (1966), que determinó el encarcelamiento de estudiantes y el éxodo de una parte significativa de los planteles docentes universitarios. Paradójicamente, la intensificación de la represión sobre las universidades nacionales constituyó en los años sesenta uno de los elementos que hicieron posible que en estas se retomara la pregunta por su vínculo con la “hora americana”, no solo, en términos negativos, porque la intrusión militar en las aulas venía a recordarle al programa modernizador que difícilmente este podía realizarse sorteando las condiciones históricas al interior de las cuales buscaba desplegarse, sino también, en términos positivos, porque en los años sesenta se estaba operando en la sociedad argentina un proceso de radicalización política que hacía posible que una nueva generación de jóvenes ligados con una no menos novedosa izquierda confiara, con el ejemplo de la experiencia revolucionaria cubana como vía al socialismo en América y a partir de una relectura del peronismo, que era necesario encarar un proceso de transformación social ya no reformista, sino revolucionario.

Si a través de periplos como el de Arturo Jauretche puede leerse entonces, en los años que van de 1930 a 1955, la máxima tensión entre un proyecto universitario que legitimaba su ser social en el carácter modernizador de su intervención política y cultural y un proyecto universitario que buscaba situarse con los actores que habían desafiado la distribución establecida del poder social, itinerarios como el de Roberto Carri nos ofrece en cambio una clave para pensar, entre los años que van de la autoproclamada “Revolución Libertadora” al terrorismo de Estado, un intento finalmente trunco, pero no por ello menos interesante, de volver a reunir, en sede universitaria, el “alma moderna” del reformismo universitario con su “alma americana”.

En efecto, Carri fue parte de una generación de sociólogos formados bajo el auspicio del programa de “modernización” de las ciencias sociales que en la Universidad de Buenos Aires había tenido como referente principal a Gino Germani, quien se había propuesto no solo revisar y actualizar las metodologías disciplinares para interpretar lo social en una sociedad de masas, sino también –y muy especialmente– indagar lo que constituía un problema político crucial de aquellos años: cómo explicar los orígenes del peronismo bajo claves superadoras tanto del clivaje fascismo-antifascismo como de la romantización de lo popular. Educado bajo esta experiencia, Carri sin embargo desarrollará un recorrido que dará lugar a intervenciones heterodoxas tanto en el campo de la investigación social como de la intervención política. Así, desarrollará una investigación sumamente original sobre el “vandarismo”, publicará un libro célebre sobre los “bandidos rurales” centrado en la biografía de Isidro Velázquez, y formará parte, en pleno recrudescimiento de la represión sobre la universidad durante el onganiato, de la original experiencia de las Cátedras Nacionales, las mismas que promovieron una nueva bibliografía para pensar la nación en clave antiimperialista y abrieron un novedoso abanico de prácticas de enseñanza y aprendizaje por las cuales se convocaba a los estudiantes a asumir un nuevo protagonismo

en las aulas que debía tener a su vez como correlato un nuevo compromiso con la transformación de la sociedad. Y todo ello en el marco de un proyecto político-pedagógico que apostaba a transformar la Argentina en el mismo acto en que transformaba la experiencia universitaria.

Como es sabido, este proyecto, hecho a partir de un conjunto de ideas políticas que ganaron posiciones en distintas universidades del país entre 1969 y 1973, es decir, al ritmo en que se prolongaban los distintas insurrecciones populares iniciadas con el Cordobazo –y cuyo esplendor se condensó alrededor del decanato de Rodolfo Puiggrós en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires–, quedaría violentamente clausurado con una nueva escalada represiva, que se produjo primero con el ascenso en 1974 de figuras como Alberto Ottalagano al Rectorado de la Universidad de Buenos Aires, y luego con la intervención de los militares en las universidades tras el golpe de marzo de 1976, el mismo que daría lugar a masivas desapariciones y exilios entre estudiantes y docentes universitarios. Pero incluso antes de que se desencadenara en todas sus facetas este plan represivo, los sectores revolucionarios habían ya comenzado a considerar que el terreno universitario no debía ser uno de los campos determinantes de intervención política, tal como lo muestra el conocido documento “autocrítico” de las Cátedras Nacionales. En este documento, sus firmantes anunciaban que se tornaba necesario corregir las “desviaciones burguesas” en que supuestamente habían incurrido justamente por creer que la universidad era un espacio desde el cual resultaba posible construir un proyecto de transformación social, razón por la cual en poco tiempo concluirían que lo que solicitaba la nueva hora americana no era otra cosa que alinearse allí mismo donde transcurría la historia: con las bases y con Perón.

Fue así que incluso en experiencias como las Cátedras Nacionales, que habían puesto en crisis buena parte de las premisas con que se había pensado en la Argentina a la universidad moderna, siguió operando la idea de que la universidad constituía un reducto cultural de la burguesía cuya transformación debía acaecer no con la transformación de la sociedad, sino una vez que esta estuviera de algún modo ya transformada. Los límites de la utopía reformista –nos referimos al intento de reunir el alma americana y el alma moderna– volvían a presentarse de esta manera también en la hora en la que todo parecía posible, incluso la revolución.

La universidad como derecho

Con la recuperación de la democracia en 1983, se generaron las condiciones históricas y políticas para una suerte de retorno del “alma moderna”, un retorno que inicialmente parecía acorde con lo que demandaba la “hora americana”. En efecto, en aquellos años resultaba convincente creer que no podía haber mejor programa para la universidad que encarar un proceso de “modernización” del campo académico para que permitiera dejar atrás la “herencia cultural” de la dictadura, pero que también posibilitara distanciarse de la “politización” de las ciencias sociales propia de los años sesenta. Dentro de este proyecto, las Universidades Nacionales serían sedes privilegiadas de la reconstitución de los campos disciplinarios y de la definición de lo académicamente autorizado: el reemplazo

de los elencos docentes universitarios y las reformas en los planes de estudio en diversas carreras fueron, entre otros, índices de este proceso de “modernización cultural” identificado con la idea de “modernización académica”. En este sentido, sería Beatriz Sarlo quien consagraría al intelectual ligado con el campo universitario como el intelectual propiamente democrático, en un conocido artículo publicado en *Punto de Vista* que buscaba sortear un dilema: “mímesis o escisión”. A partir de aquí, Sarlo argumentaría recurrentemente que el intelectual no debía renunciar a la especificidad de su discurso en nombre de demandas del poder, pero también señalaría el carácter problemático de acotar el horizonte de su intervención al espacio académico que lo consagraba como un experto de lo social, cuestiones que luego convergerían en su libro *Escenas de la vida posmoderna*.

De esta manera, la universidad que surgió con la recuperación de la democracia lo hizo a través de un proyecto que buscaba consagrarla como voz autorizada de una “opinión pública” democrática, imaginada en los términos de Jürgen Habermas. Ahora bien, si el “intelectual democrático universitario” quedara al acecho de su neutralización política con la consolidación de la figura del “experto”, y este desplazado de la “opinión pública” frente al avance de la “doxología” en los medios de comunicación, la idea misma de identificar a la “universidad democrática” con algún rostro nuevo de la “modernidad” entró en crisis en el momento mismo en que la propia universidad se vio severamente alcanzada por los efectos del programa neoliberal, ese mismo que en nombre de una “modernización” cuyo rostro excluyente era sin embargo indisimulable llegó incluso a intentar poner en cuestión principios ya largamente incorporados en la tradición universitaria, como el de la gratuidad. De este modo, la situación de las universidades argentinas en los años noventa, incluso la de aquellas que surgieron en aquellos años, osciló entre el repliegue interclaustrados, que intentó llevar a término el programa “modernizador” de los ochenta aceptando apelar para ello a la ayuda de organismos internacionales, no solo académicos, y la ocupación de las calles para rechazar los recortes presupuestarios, para lo cual se volvió a interpelar a la sociedad desde un discurso que retomaba los tópicos del “alma moderna” del reformismo universitario.

Pero fue a partir de la lucha social que se produjo a partir de la crisis de 2001 que las universidades, al igual que la escuela, aunque por otros caminos, encontraron mejores condiciones para reinventarse y relegitimarse socialmente. Porque fue al ritmo de esa crisis que pudo abrirse en la Argentina, en consonancia con otras experiencias latinoamericanas, un proyecto político, el kirchnerismo, donde resultó posible pensar una reformulación del programa utópico del reformismo universitario, aquel que buscaba reunir su alma moderna con su alma americana. Este intento, cuya teorización más acabada aparece en *Filosofía (y) política de la Universidad* de Eduardo Rinesi, buscó articular el principio de la justicia social con iniciativas entre las que pueden contabilizarse la declaración del carácter obligatorio de la escuela secundaria (lo que virtualmente ampliaba de manera significativa a la población en condiciones de acceder a la universidad), la creación de varias universidades que como las del Conurbano Bonaerense trabajan con una población en gran medida conformada por primeras generaciones de estudiantes universitarios y un sistema de becas cuantiosamente inusual dentro de los parámetros de la historia argentina, con el principio de la calidad educativa, mediante la jerarquización y también ampliación del sistema científico, la conexión de las universidades con este sistema y la recolocación de las

mismas como espacios autorizados para intervenir en la transformación social, desarrollando saberes y tecnologías. La idea de la universidad como derecho, no solo individual (para las y los ciudadanos que estudian en ellas) sino también popular (para que toda la ciudadanía goce de los beneficios sociales que puede brindar las universidades), constituye un principio que cobró fuerza en este período y que resulta valioso de defender en nuestros días, cuando vuelve a cobrar fuerza histórica el neoliberalismo.

En síntesis, la idea de que la universidad es un derecho del pueblo puede ser leída entonces como una retraducción contemporánea de la utopía reformista, en tanto busca reunir la justicia social con la excelencia académica, el “alma americana” y el “alma moderna”. Dado que las universidades del conurbano son bien expresivas de esta idea, no resulta exagerado afirmar, ante los intentos de ajuste que buscan realizarse en nombre de la “razón neoliberal”, que en ellas se juega buena parte del éxito del legado reformista del siglo XXI.

La Asamblea
de todos los estudiantes
de la Universidad
de Córdoba declara
en huelga general
Junio 15 de 1918
Hecho a las 10 de la mañana
Donde se declara a favor de
Alcaldes, profesores y alumnos
Alcaldes, profesores y alumnos
Alcaldes, profesores y alumnos
Alcaldes, profesores y alumnos